

CR316

2 de 2

La policía del monte: vidas cruzadas por la guerra.

Por: Pablo Navarrete.

Algún día del año 1985, Judith Simanca Herrera y su hermana jugaron 'cara y sello' con una moneda vieja; el destino decidiría cuál de las dos entraría primero a las Farc, esa guerrilla que, con el tiempo, se convertiría en el grupo armado más antiguo del mundo.

Judith vivía en Tierralta, Córdoba, un territorio que para inicios de la década de los ochenta se estaba convirtiendo en el destino preferido por los grupos paramilitares. A pesar de la violencia que ya se empezaba a fraguar entre las parcelas que rodeaban su casa, ella no tiene un mal recuerdo de su niñez:

“Cuando fui niña, la pasé muy bacano. Yo nací en una familia campesina y negra. Mi madre es negra y para ese entonces vivíamos en el campo y estudiábamos en Tierralta; mi padre trabajaba muy duro y los primeros años fueron así, como cualquier familia campesina que saca a sus hijos a estudiar”, recuerda.

Esos años fueron especialmente duros para los campesinos que habitaban en los corazones de pueblos retirados, especialmente en Palmira y Mieles, los dos corregimientos de Tierralta que más recuerda ella. En ambos vivían descendientes de los Zenúes, comunidad indígena que hizo del Caribe colombiano, una tierra de milagros profesados a 'Mexión' y 'Manexca', los dioses que, según esa tribu, le dieron vida al río Sinú, el mismo afluente que cientos de años después, cómo hoy lo narra esta mujer exótica, arrastraría por sus corrientes a las víctimas de la violencia en Córdoba.

En Palmira, corregimiento donde ella pasó gran parte de su infancia, había una hacienda gigante, llamada 'La Verraquera'; el terreno colindaba con las parcelas modestas de los campesinos de la región y contrastaba con el resto de las casas medio armadas de la vereda, por sus caballos despampanantes, sus visitantes misteriosos y sus siempre folclóricos administradores paisas; con los años, la familia Simanca Herrera sabía que el monstruo que los perseguiría durante largo tiempo estaba creciendo a pocos metros de su casa, justo ahí, en 'La Verraquera'.

“Después de un tiempo, nos dimos cuenta que los dueños de esa hacienda enorme, eran la familia Castaño, pero los tipos nunca aparecían, lo supimos porque la guerrilla no se quedaba mucho en esa zona, pasaba por este sitio, hacía relaciones con la gente y seguía”, narra.

Todo encajaba, pues para 1983, Fidel Castaño, según un informe publicado por verdadabierta.com en el 2012, “tras el asesinato de su padre, Jesús Antonio Castaño, por parte del IV Frente de las Farc, el ex jefe ‘para’ llegó a los municipios de Valencia y Tierralta en Córdoba, donde contaba con el respaldo económico de algunos ganaderos de la región. Allí buscó fincas que sirvieran de refugio para armar y entrenar hombres, creando lo que más adelante se conoció como las autodefensas de Córdoba y Urabá”. (www.verdadabierta.com, 2012)

Unos kilómetros al sur de Palmira había una vereda escondida junto a la selva espesa de Montelíbano, se llamaba Mieles y ahí, en una casa ubicada sobre una calle sin pavimento, vivía la abuela. Fue en ese lugar donde ella empezó a tener contacto con la guerrilla, sin saber que años más tarde se convertiría en ‘Victoria Sandino’, hoy oficialmente Victoria Sandino Simanca Herrera, una las comandantes guerrilleras más emblemáticas de las Farc.

Así lo cuenta hoy:

“Yo vi ese montón de mujeres y hombres con camuflado y le pregunté a mi abuela que quiénes eran esos uniformados. Ella me respondió: *mija, esa es la policía del monte*. Yo le preguntaba por qué la ‘policía del monte’ tenía mujeres y hombres, y por qué la policía de Tierralta solo tenía hombres, porque en Tierralta los policías eran solo hombres.

Por esos días, un tipo entró a casa de mi abuela -yo estaba muy niña-, me sobó la cabeza, y a mí me parece terrible que a los niños les soben la cabeza; el tipo me dijo: *Mira, niña, aquí traigo unos limones, dame agua con limón y azúcar*. A mí me fastidió mucho ese tipo, ni siquiera había traído azúcar. Me pareció bastante fastidioso como lo dijo, como si fuera mi obligación hacerle “agua con limón y azúcar”.

Lo vi muchos años después, ya era adolescente, pero entró a mi casa con la misma actitud de años atrás, me pidió que le preparara dos huevos; en esa ocasión llevaba los huevos, pero los quería con tomate y cebolla, y no tenía ni lo uno, ni lo otro. Le dije: *Usted viene con la misma actitud que vino hace unos años cuando me pidió agua con limón ¿se acuerda?* Le pegué una levantada terrible ese día.

Resultó que ese señor era de la ‘policía del monte’ y con los años me di cuenta que la ‘policía del monte’ era la guerrilla, que en esa época había atacado un puesto de policía en Salgar, en Córdoba, pero yo no tenía idea de eso; él y yo ahora somos grandes amigos, así comenzó mi relación con los compañeros del monte”.

Victoria tenía 12 años, acababa de empezar el bachillerato cuando entró a la Juventud Comunista, sus ideas se habían formado con los “compañeros del monte” en medio de un auge de nuevas ideas y de espacios revolucionarios que estaban dando voz a los más jóvenes:

“Descubrí que había otros compañeros míos que estaban metidos en movimientos como *A luchar, Pan y Libertad* y había varios grupos del colegio que eran las semillas que comenzaron a construir el EPL, que entraron al ELN, y también sabía de las Farc. Nosotros no éramos de las Farc, y a medida que nos íbamos formando, nos metíamos más en el activismo, pero no nos considerábamos guerrilleros”.

Aunque Victoria no era guerrillera, quienes ya los tenían vigilados, los habían vuelto habitantes indeseables para los linderos de Palmira. Para la familia Castaño, todos los vecinos de ‘*La Verraquera*’ eran presa fácil de esa alianza peligrosa que se gestaba entre paramilitares y Fuerza Pública, que buscaba desplazar al que pensara diferente, para fortalecer esa racha sangrienta por quedarse con territorios ajenos.

La llegada a cuenta gotas de las comisiones de militares ya había empezado en Tierralta, el aire se sentía espeso, los compañeros de Victoria empezaron a aparecer muertos a orillas del río Sinú y la adolescente y su familia tenían los días contados. Pero ella creía que era algo pasajero, no pensaba que los paramilitares le estaban pisando los talones. Una noche la buscó un hombre que tenía alquilada una base militar en una de sus fincas:

“Él me dijo: *váyase, se tiene que ir porque la van a joder*. Era como un ángel guardián que sabía más cosas de mí seguridad que yo misma. Nunca supe si él era amigo de la guerrilla.

Yo solo sabía que él era amigo del Ejército, pero se me hacía muy extraña esa cercanía, a mí me daba la impresión de que él era militante del EPL. Antes del desembarco, él me dijo: *váyase que van a ir a capturar a sus papás, el ejército va a ir por su papá*. Fui camino arriba a pie y entonces le dije a mi papá que se fuera enseguida, porque tenía esa información y él se fue. Por eso, cuando ocurrió el desembarco de paramilitares en Tierralta, mi padre no estaba, solo estábamos mi mamá y nosotras porque, prácticamente, el ejército lo había desterrado”.

A las cinco de la mañana, un grupo de paramilitares, enviados por los dueños de ‘*La Verraquera*’, llegaron a la casa de Victoria con lista en mano y preparados para hacer lo que fuera con tal de demostrarles a los pobladores de Palmira, hasta dónde eran capaces de llegar por cumplir sus

turbios propósitos. Aquel señor del pueblo, el mismo al que 'Victoria' nunca volvió a ver, le había salvado la vida a su papá.

Esa vez, Victoria, su mamá y sus dos hermanas menores salieron corriendo de la parcela que les pertenecía y que nunca les regresarían, tuvieron que correr descalzas, sin ropa que pudieran empacar, sin nada; agitadas del pánico, buscaron refugio en Tierralta, abandonando para siempre su pedazo de tierra.

“Mi madre quiso retornar porque mi papá ya estaba por otro lado trabajando, ella quería ir para salvar a los animales, salvar la tierra, salvar lo poco que teníamos allá. Cuando llegamos a la loma no nos permitieron subir. Nos dijeron que ya había un montón de gente que era bastante extraña, que era gente violenta, peligrosa y que ya estaban con familias metidos en nuestras casas, y que no estaban dejando meterse a nadie en las zonas con las que se habían quedado. Los Castaño se quedaron con nuestra parcela”, cuenta Sandino.

La familia hizo grandes esfuerzos por olvidar el dolor y tratar de empezar algo nuevo. Dos años después de la huida, ese día de 1985 en que Victoria y su hermana menor se jugaron su futuro a un *carisellazo*, tiraron la moneda, con la decisión de que la que ganara se iría para las Farc. Ganó la pequeña y confirmó su decisión de irse a la 'policía del monte'. Quería ser guerrillera.

Yo le dije que también me iba, ella me dijo: *no nos podemos ir las dos, pueden matar a nuestros padres, los matan los paramilitares o los matamos nosotras de tristeza*. Hacía poco había muerto una hermanita chiquitita, mi hermana me dijo que mi mamá no aguantaba una pérdida más: *Quédate tú que eres la mayor*.

Victoria sentía que sería un privilegio poder huir de la guerra de Tierralta. Pero, “palabra es palabra y tuve que quedarme”, dice cuando recuerda que perdió la última apuesta que pudo hacer con su hermana, quien entró al grupo guerrillero cuando tenía solo 14 años. La niña ingresó ilusionada, confiando en esa Paz que se estaba negociando con el gobierno de Belisario Betancur, sin saber que faltarían 31 años para que ese propósito se consolidara.

Dos años después de haber ganado el 'cara y sello' con su hermana mayor, la niña, que acababa de cumplir dieciséis años y era parte de la 'policía del monte', fue sorprendida con toda su unidad, por un bombardeo militar que se dio en medio de la tregua decretada entre el grupo guerrillero y el gobierno Betancur:

“Mataron a mucha gente en ese ataque, y entre esa cantidad de gente, murió mi hermana”.

Un viaje muy largo

Un día antes del secuestro, los diputados del Valle tuvieron un debate sobre seguridad en la región, pues, a raíz del reciente rompimiento de las negociaciones de Paz establecidas entre el gobierno de Pastrana y las Farc en el Caguán, se respiraban amenazas inminentes en contra de los funcionarios públicos del país.

El grupo guerrillero había fortalecido, de manera drástica, su capacidad militar en la Zona de Distensión desde 1998, y en febrero de 2002, días antes de que el presidente Andrés Pastrana acabara con esa zona, ya habían empezado los secuestros de políticos y representantes del establecimiento, todos corrían con el mismo riesgo, pero no todos tuvieron el mismo final de los 11 diputados del Valle.

La mañana del 11 de abril del 2002, Héctor Fabio Arismendy, uno de los diputados de la Asamblea Departamental de Valle, se había levantado enfermo y sin ganas de ir a trabajar.

“De ese día yo tengo un recuerdo muy impactante, no se me va a borrar de la cabeza nunca, yo tenía cuatro años y medio, estaba estudiando en el jardín, casi siempre me levantaba entre las siete y las ocho de la mañana. Nosotros vivíamos en Cartago, pero su trabajo era en Cali; el once de abril me levanté muy temprano, a eso de las cinco de la mañana. Él madrugaba mucho para viajar a Cali. Se había levantado muy enfermo y yo me había despertado súper llorón, no quería que él se fuera de la casa”, cuenta Sebastián Arismendy, el hijo mayor de Héctor Fabio.

El berrinche de Sebastián no sirvió de nada, el guardaespaldas del entonces diputado lo convenció de que fuera hasta la Asamblea para que “en un acto de responsabilidad entregara la incapacidad médica”. Sebastián, quien hoy tiene 20 años, recuerda que su mamá lo tuvo que quitar a la fuerza de los brazos de su papá, mientras lo abrazaba fuerte del cuello y le rogaba que no se fuera de la casa. Esa fue la última vez que Sebastián y Héctor Fabio se despidieron.

Hacia las nueve de la mañana, los guerrilleros de las Farc que integraban el comando de asalto, bajaban disfrazados de militares desde los altos de Pichindé. Habían sido, entrenados por Milton Sierra Gómez, alias ‘JJ’, para ejecutar la operación más grande que esa organización desarrollaría en

el occidente del país. Se trataba del secuestro masivo de diputados de la Asamblea Departamental del Valle.

'JJ' es el hombre de voz gruesa que aparece en el video grabado por las Farc EP el día que ocurrió el secuestro en la Asamblea. Con su nariz aguileña mediana, su espalda jorobada, su cabello encanecido y su tamaño corpulento -que alcanzaba los 1,85 de estatura-, 'JJ' entró a la Asamblea del Valle, con su disfraz de General de la República, advirtiendo a toda voz que venía del Batallón Primero de Numancia y que tenía como misión salvaguardar las vidas de los diputados, porque un atentado terrorista estaba a punto de perpetrarse.

Los doce asambleístas no hicieron mayores preguntas, confiaron en sus 'protectores' y se subieron en un bus blanco que salió del centro de Cali, unos metros más adelante, supuestamente hacia la Tercera Brigada del Ejército, ubicada en el sur de Cali. 'JJ', el 'General' que minutos antes había dirigido la operación del teórico rescate, se paró desafiante frente a los diputados mientras el bus seguía en movimiento, se puso un brazalete de las Farc en su antebrazo y con voz fuerte gritó: "Señoras y señores, nosotros somos las Farc y nos los llevamos del centro de Cali", así nada más. Sin ofrecer resistencia, Héctor Fabio y sus once compañeros salieron del corazón de la ciudad para penetrar lo más espeso de los Farallones de Cali, una marcha que no paró hasta el dieciocho de junio de 2007.

"Cuando llegué del jardín a mi casa, la sala estaba llena de mucha gente, yo me sentía muy extraño porque la gente no me decía nada, nadie me saludó, yo me senté al lado de mi hermano y me puse a jugar con un carro. Después de un rato llegó mi mamá y nos abrazó, nos dio besos y nos dijo que mi papá se había ido a un viaje muy largo, como los que solía hacer, pero que ese en especial, iba a ser un poquito más largo, pero que seguro, al regresar, nos iba a traer un regalo, y como se iba a demorar tanto, el regalo iba a ser gigante", narra Sebastián.

Mi amada Laura

Victoria es aguerrida desde niña, y cuando terminó su carrera de periodismo en Bogotá, se dio cuenta de que lo único que le faltaba en la vida, era ser guerrillera. "No era una cuestión de calentura estudiantil, no era el fragor de una juventud pasajera, era una cuestión de convicción y de lucha", recuerda Sandino.

En marzo del año 1993 entró como guerrillera a la columna móvil 'Teófilo Forero', que para esa misma época era comandada por Raúl Reyes, el mismo que un año después, decidió enviarla a la unidad de Alfonso Cano, quien coordinaba todo el circuito de comunicaciones y propaganda política de las Farc, a lo largo y ancho del país.

“En el año 98, el camarada Alfonso me mandó para el Caguán a que manejara todo el tema de comunicaciones de ese Proceso de Paz. Pero a pesar de que trabajaba con Alfonso Cano, es obvio decir que no tenía mucha visibilidad porque era mujer, tenía que manejar toda la parte de comunicación, producción de videos, comunicados de prensa para los medios de comunicación y organizar las ruedas de prensa”, recuerda.

La llegada de Victoria a las Farc revolucionó el funcionamiento de las comunicaciones de la organización guerrillera, desde el monte con el resto del país. El objetivo de Cano y de Sandino era formar corresponsales de guerra comprometidos con la causa de la guerrilla para documentar su accionar ante distintas audiencias. Para sorpresa de muchos altos mandos de las Farc, fueron las mujeres de los diferentes frentes del grupo armado, quienes empezaron a documentar con videos e imágenes, los días, las noches y las acciones bélicas que sus compañeros protagonizaban:

“Ellas mandaban ese material a la Comisión Nacional de Propaganda, nosotros las editábamos y eso era lo que transmitíamos, por eso es que las tomas de Mitú, Miraflores, la Asamblea Departamental del Valle, y muchas acciones más, se pueden ver”.

Ella cuenta que Alfonso Cano, su amigo, fue asesinado ese cuatro de noviembre de 2011 en medio de una persecución injusta y sin derecho a defenderse; según ella, Cano murió traicionado por algunos de sus propios compañeros y fusilado en silencio por sus captores, los mismos que lo mostraron ante las cámaras como un trofeo, afirmando que había perdido la vida en medio de un enfrentamiento. Cuando él murió, Victoria tomó la coordinación general del Movimiento Bolivariano, la misma responsabilidad que Cano había ejercido durante años; fue al asumir ese nuevo cargo, cuando conoció a Laura.

“Ella era una mujer excepcional, era una chica bellísima. Era flaca, alta y fuerte en todos los sentidos, cargaba cosas muy pesadas, pero era muy inteligente, era mi asistente y amiga”.

Cuando Victoria, la mujer alegre y afectuosa de las Farc, habla de Laura, su voz se quiebra, mira para abajo, toma aire y sigue con la historia.

“Empezamos una amistad que se basaba en un compromiso absoluto por las causas más bonitas, ella había tenido una bebé por esa época, y entonces esa relación de amistad que construimos nosotras, con mucho afecto, la arrastrábamos para todo lado. Era una mujer excepcional en todo el sentido de la palabra, muy sacrificada y muy entregada a su bebé”, recuerda Sandino.

Laura se volvió la gran amiga de Victoria, su confidente, su apoyo durante las trochas eternas que recorrían en el monte cuando el enemigo les estaba respirando en la nuca; aparentemente, era una mujer visionaria, una soñadora de la Paz y de los cambios, que trabajó hombro a hombro con Sandino para dejarle a su bebé una herencia alejada de las armas.

“Camarada, tenemos que hacer la Paz, pero afuera de Colombia, todos los procesos que se han hecho aquí han salido mal, eso se tiene que hacer afuera”, afirmó Laura en alguna conversación que tuvo con Victoria.

Cuando los medios nacionales informaron ante el mundo que las Farc iniciarían en La Habana, Cuba, la negociación de un Acuerdo de Paz con el gobierno de Juan Manuel Santos, Laura se reía de haber tenido la razón y supo desde un principio que, en cualquier momento, esa comisión guerrillera que viajó a Cuba para negociar la Paz, iba a necesitar a Victoria. Y así fue.

“Ella decía que se iba a ir conmigo para La Habana, me decía: *si usted se va, yo me tengo que ir con usted, yo soy su asistente, usted no me puede dejar*. Lo más triste, es que ella no se enteró de que sí tuve que irme para La Habana” relata.

El 27 de febrero de 2013, su ‘amada Laura’, como ella la llama, murió en medio de un enfrentamiento militar cruzando una zona ‘caliente’ de Cajamarca, mes y medio antes de que a Victoria le avisaran de su viaje a La Habana. Así lo recuerda Sandino: “A mí eso me marcó muchísimo, me dolió en el alma porque es la gente más cercana, una no se imagina que esos seres a los que uno tanto ama pueden perecer en medio de la guerra, y yo amaba a la gente que me acompañaba en el monte”.

Ese 28 de junio

Héctor Fabio era un salsero extraordinario, tenía un grupo de música que se llamaba “La Sabrosura” y aunque parezca increíble, en medio de su secuestro, logró componer más de cien canciones, tal vez para mantenerse ocupado en medio de la selva; de pronto, hacía música para sentirse vivo, pero

al final, esas canciones son la herencia que le ha quedado a Sebastián después del dolor y la amargura de haber crecido sin su papá.

Esa madrugada, la mamá de Sebastián se levantó llorando, él no entendía por qué, le quiso preguntar, pero ella lo mandó a dormir, le dijo que estaba enferma.

“Al otro día, a las diez de la mañana, todos mis amigos ya sabían, todos menos yo, mis familiares estaban abajo, mi hermano estaba dormido al lado mío cuando mi mamá entró al cuarto; ella me miró y me dijo llorando: *Sebastián, tu papá no va a volver, lo mataron las Farc y no sabemos qué va a seguir*”.

Once de los doce diputados del Valle secuestrados por las Farc en el 2002, habían sido asesinados por esa misma guerrilla el 18 de junio de 2007 a las 11:30 de la mañana. Diez días después, los encargados de las Farc en Estocolmo, publicarían en la página de Anncol (Agencia de Noticias Nueva Colombia) la noticia más cruel y despiadada que habrían dado en toda su historia; en ese comunicado se indicaba que los once diputados “murieron en medio del fuego cruzado cuando un grupo militar, sin identificar hasta el momento, atacó el campamento donde se encontraban”.

Hasta ahí llegó la ilusión de un retorno, el viaje de Héctor Fabio Arismendy, y de diez asambleístas más, terminó de la peor manera. El nueve de septiembre de 2007, dos meses después del asesinato, las Farc entregaron, en los montes del departamento de Nariño, los restos de los once diputados del Valle.

Tras cinco años y 152 días de secuestro, el cuerpo sin vida de Héctor Fabio Arismendi y Alberto Quintero, otro de los asambleístas asesinados, fueron trasladados a Cartago, Valle, su lugar de origen, para que los seres que durante todo ese tiempo los estuvieron esperando, pudieran despedirse de ellos con dignidad y con respeto.

Sebastián trató de seguir adelante, dedicando su vida a convertirse en un líder, alejado del odio y de la zozobra, o eso cría hasta que, en el 2016, cuando pisaba sus 19 años, el Gobierno Nacional lo invitó a él y a otras víctimas, a Cuba, esa isla donde vivieron por 5 años los responsables del secuestro y del asesinato de su papá.

La Habana y el perdón.

“Yo estaba con unos sentimientos muy encontrados, tenía muy vivo el dolor de la muerte de Laura, pero además, tenía el dolor de dejar a mi gente sola, en medio de una

confrontación muy fuerte. Lloré hasta que llegué a La Habana, allá me encontré con gente muy diferente, me tocaba dormir en el suelo porque me parecía que la cama era muy blandita, me dolía la vida, me dolía todo”, recuerda Victoria.

Sebastián nunca buscó llegar a La Habana: “Cuando me invitaron, supuse que era para algo de la Paz, es que no me dijeron nada, y yo dije: *bueno, por lo menos voy a conocer Cuba*”.

“De la nada nos dijeron: *la reunión quedó pactada, ocho o nueve de la mañana, Iván Márquez y Pablo Catatumbo están confirmados*. Me dio mucha impresión, no sabía qué hacer. Le pregunté a Carolina Charria (hija de otro de los diputados): *¿a qué vinimos?*, ella me dijo: *a la reunión con los guerrilleros*, y yo no sabía nada de eso. Le dije que no iba a ir porque no me sentía preparado, si los veía les iba a dar puño. Al otro día vomité de los nervios, no desayuné. Monseñor Darío Monsalve me pidió calma, porque estaba muy mal”.

Primero entró Pablo Catatumbo, luego Iván Márquez, serenos, amables, con una maleta negra en su mano izquierda, caminaban alrededor del círculo que las víctimas habían hecho, mientras les estiraban la mano a cada uno de los familiares de los diputados del Valle, quienes estaban sentados, esperando con la piel erizada, en la sala principal de la casa de descanso de Hugo Chávez. Detrás de ellos entró Victoria. Nadie les dio la mano.

Sebastián se paró frente a Iván Márquez, mientras empezaba a decir las palabras que había preparado pocas horas antes y, por fin, logró ver que los responsables de la muerte de su papá tenían vergüenza: “Nunca me imaginé un encuentro de esos, no pensé que fuera factible hablar con el victimario sin tener armas. Empecé a hablar y sentí que en mí fluía toda esa rabia y ese recuerdo de toda la vida. Lo más sorprendente es que me miraron y me escucharon”, contó.

Durante el relato de Sebastián, Victoria lo escuchaba, tomaba nota en su computador y tragaba saliva para evitar las lágrimas. Al final, en medio de ese silencio que queda después de una necesaria catarsis, Victoria le dio la mano a Sebastián y le mostró su respeto por tanto dolor. El destino no los volvió amigos, no se abrazaron y tampoco volvieron a hablar. Pero hoy, Sebastián, el hijo de Héctor Fabio, y Victoria, la hija de muchas guerras, saben que el odio no los unirá jamás y que podrán caminar por el mismo andén, recordando aquel día en que ambos se conocieron en Cuba.